

Para mi MAESTRO: Francisco López Herrera

Pedro Cascales Campos

Lo que les quiero contar esta noche no es más que un pequeño trozo de una historia. De una historia maravillosa que tuve la gran fortuna de vivir y que ocurrió a mediados de los años 80 en un pequeño colegio de nuestra Cieza. Como pueden comprender, eran tiempos de transición, estábamos todavía aclimatando una nueva democracia. Tiempos que a nosotros nos tocó vivir con los ojos de un niño de siete u ocho años.

La historia no está protagonizada por mi, sino que los protagonistas de la misma fueron un puñado de niños sin ninguna otra peculiaridad que la de encontrarse en su camino con una persona excepcional que nos cambiaría la vida sin ni siquiera darnos cuenta. La persona en cuestión fue nuestro maestro de primaria.

En aquel entonces nuestro maestro tendría, calculo yo, la misma edad que ahora tienen esos niños, incluido yo, treinta y tantos, aunque nuestro recuerdo de él era ya el de una persona mucho mayor que nosotros. Sus métodos de enseñanza eran del todo peculiares. Guitarra en mano y con su armónica (a la vez) jugábamos a cantar canciones y así aprendimos por ejemplo las tablas de multiplicar. No fue esta una enseñanza difícil, ¿A quién no le gusta cantar una jota que en realidad es la tabla del 5 o cantar un “rock and roll” cuya letra es e realidad la tabla del 7? Nos ensañaba ya entonces y sin separatismos, que existían otras regiones de España que tenían sus propios idiomas; cantábamos en euskera, gallego, catalán, etc.

Sin embargo, el núcleo de la historia que les quiero contar se centrará en cómo la música pasó de ser un mero vehículo de enseñanza a ser nuestro modo de vivir y entender la vida. El primer recuerdo que tengo al respecto es el de la tarde en que al pasar por el pasillo del colegio, pude observar desde la puerta de mi clase por entonces, a mi maestro enseñando a tocar la flauta a un niño mayor que tenía unas grandes gafas marrones. Hacia unos días que casualmente mi tía me había regalado una flauta dulce y en ese momento supe la salida que le debía dar a tan por entonces extraño regalo. Al día siguiente me planté delante de él y le dije: “maestro, ¿me enseñas a tocar la flauta?”. Sin solución de continuidad, en las semanas posteriores multitud de niños de nuestra clase y de otras clases aledañas fueron sumándose a la iniciativa y pronto la gran mayoría de la clase incluíamos en nuestra mochila, además de lo necesario para el día, un pequeño instrumento que a bien seguro sacaba de sus casillas a algún que otro padre. El método de enseñanza era el siguiente: se jugaba a tocar la flauta y se aprendía música sin darse uno cuenta, con pentagramas repletos de dibujitos que simbolizaban las notas musicales. Así por ejemplo, el “sí” era un pajarito con dos patitas y si lo que queríamos era

hacer un si bemol, al pajarito se le quitaba una patita. El “do” era un sombreo, el “fa” una farola, el mi era una cara (mi cara). Era este el método Suzuki, método del que el maestro fue sin duda pionero en España en su aplicación. En la universidad, cuando yo ya era mayor, se recordaba este sistema de enseñanza y se nombraba al grupo de niños de Cieza que aprendió con él.

El tiempo pasaba y sin darnos cuenta fuimos evolucionando en el aprendizaje del lenguaje musical. Llegó el momento de progresar un poco más y a cada niño le fue asignado un instrumento musical. A algunos nos tocó un violonchelo, a muchos el violín, la viola, a su hija el contrabajo (¡Dios mío!), etc. Lo que empezó siendo un juego de niños resultó ser una bonita historia en la que aprendimos a disfrutar de la música y de la escuela. La escuela era para nosotros una prolongación de nuestra casa y allí hacíamos nuestra vida, pasando tardes enteras, incluso los sábados por la mañana. Se formó un coro, una orquesta de flautas, una orquesta de cuerdas, grupos de guitarra, bandurrias y laúdes. El coro ganó todos los certámenes de villancicos a los que se presentó, y la orquesta fue invitada, algo inaudito entonces, al festival internacional de orquestas de jóvenes a principio de los 90, siendo además la cantera que nutrió de grandes músicos que a la sección de aspirantes y a la orquesta de jóvenes de la región de Murcia durante muchos años.

Y todo ello gracias al tiempo que un maestro le quitaba a su casa, a su familia, a sus amigos. Al tiempo que se dedicaba a gestionar las envidias que surgieron ante el escándalo musical que al margen de lo académicamente reconocido, estaba desarrollándose en Cieza.

Maestro, si bien es cierto que mucho de lo que se hace, por muy grande que sea, no se analiza con la importancia que se merece en el mismo momento en el que se está haciendo, has de saber que nosotros si éramos conscientes de la bonita historia que estábamos viviendo. Si en la capital de España durante esta época estaba en plena ebullición la movida madrileña, nosotros vivimos en ese colegio también nuestra particular movida y al igual que la primera, la música fue el eje central de la misma.

Hoy en día cuando pienso en la educación que tendrán mis hijos, siempre pienso en la educación que tuvimos nosotros y en la suerte que tuvimos al encontrarnos con una persona como él. Ojala que nuestros hijos pudieran vivir algo similar ahora. Nuestro maestro nos enseñó un modo diferente de vivir, de ver las cosas, parecido al estar dentro de una canción. Hay cosas que nunca se podrán pagar y lo que mi maestro hizo con nosotros es una de esas cosas.

Gracias Don Francisco.

Fdo. Pedro Cascales Campos
Viernes, 14 de diciembre de 2012.
Concierto del Quinteto de Laúdes “Manuel López Villalba”.
Aula de Cultura de Cajamurcia de Cieza.